



# COPLAS NUEVAS

en las que se declaran los desposorios de María Santísima  
con el glorioso Patriarca San José

CORO

Hoy los castos desposorios  
de María y de José  
los devotos cristianos  
cantaremos con placer.

¡Oh qué gran dicha ha tenido  
el carpintero José!  
pues se casó con María  
natural de Nazareth.

Quince años tiene la novia  
y es llena de gracias mil,  
tierna, linda y candorosa  
cual rosa en el mes de Abril



De reyes y de Patriarcas  
descienden ambos esposos,  
según dice san Mateo  
y evangelistas otros.

En el templo la doncella  
con recato se crió,  
de castidad hizo voto  
por servir y amar á Dios.

Dicen que del cielo aviso  
tuvo el santo Simeón,  
de que vendría á este mundo  
el Divino Redentor;

Y á la Purísima Virgen  
sin pecado original,  
tenía que tomar cuerpo  
Nuestro Señor eternal.

Le buscan pronto un esposo  
á aquella cándida flor,  
pues tenía de ser Madre  
de nuestro Dios y Señor.

Dice humilde y resignada:  
hágase tu voluntad,  
pues solamente desco  
conservar mi castidad.

A toda la parentela  
les dieron del caso aviso,  
para escoger un esposo  
entre ellos, pues era estilo

Casarse entre parientes  
por haber Dios prometido  
que de aquel claro linaje  
saliera el Verbo Divino.

María llena de gracia,  
santa, pura y virtuosa;  
cuantos mancebos había  
la querían por esposa.

José entre ellos fué al templo  
no por quererse casar,  
pues había desde joven  
voto hecho de castidad.

Juntos todos en el templo,  
desde los cielos se oyó  
una voz que les decía  
que hicieran oración.

Tomad todos vuestras varas  
y la que florecerá,  
de esta Divina Doncella  
rendido esposo será.

Contritos toman las varas,  
la de José floreció,  
pues que fué el mortal dichoso  
que el mismo Dios escogió.

Para esposo de María  
le aclama la reunión,  
y el parabién le dan todos  
llenos de satisfacción.

El santo Simeón entonces  
ante el ara del altar,  
unió á José y María,  
con el lazo conyugal.

Y tan felices esposos,  
llenos de satisfacción,  
fervorosos elevaron  
sus preces al Creador.

De todos se despidieron  
la Virgen pura y José,  
de Jerusalén salieron  
camino de Nazareth.

Cuando á su patria llegaron  
fueron muy bien recibidos  
de vecinos y parientes,  
de conocidos y amigos.

La casa se componía  
de tres cuartos divididos,  
san José destinó uno  
para trabajar de su oficio.

El otro fué destinado  
para ir á descansar,  
y el otro para su esposa  
para que pudiese orar.

Era costumbre de entonces  
y por tal puesta en estilo  
de no unirse los casados  
hasta haber reconocido.

Si de marido y mujer  
cuadraban los naturales,  
y con tan santa costumbre  
se evitaban muchos males.

Un día dijo María:  
—Esposo mio querido,  
quiero un secreto contaros  
que en mi pecho está escondido.

Es el tal que pequeñita  
voto hice de castidad,  
y os suplico, amado esposo,  
me permitais conservar.



—Dulce esposa de mi alma,  
demostramos mil gracias á Dios,  
pues yo hice igual voto  
y es el voto de los dos.

Entrambos quedan contentos  
lentos de satisfacción;  
José volvió á su trabajo,  
la Virgen á su oración.

Estaba la santa Virgen  
en su retiro rezando,  
y las santas escrituras  
de Isaias meditando.

Y al leer que una doncella  
será del Verbo Divino  
tierna y candorosa Madre,  
la Virgen María dijo:

—Si esta dichosa doncella  
yo llegara á conocer,  
con qué placer y contento  
me postraría á sus pies.

Y al decir estas palabras  
un ángel se apareció,  
y postrado ante la Virgen  
de esta manera le habló:

—Dios te salve, Virgen santa,  
entre todas las mujeres,  
el Señor está contigo  
y llena de gracia eres.

Sabed que concebiréis  
á Jesús fruto bendito,  
y en la estirpe de Jacob  
gobernará eternos siglos.

—Cómo tengo de ser Madre,  
la Virgen le respondió;  
el ángel contesta y dice:  
—Nada es imposible á Dios.

—Aquí está, Señor, tu esclava  
rendida á tanta bondad,  
cúmplase en mí tu palabra,  
hágase tu voluntad.

El Espíritu Divino  
en pura sangre encarnó  
y en el seno de María  
figura humana tomó.

Bajó del seno del Padre  
el Verbo, y con él unido  
quedó el vientre de María  
más rico que el cielo mismo.

San José repara un día  
el estado de su mujer;  
—¡Dios de Israel! exclama...  
¿esto cómo puede ser?

Mi esposa está embarazada,  
¡Oh Dios de eterna bondad!  
¿cómo es posible cumpliendo  
el voto de castidad!

¡Mas, sospechar de María!  
¿cómo es posible, Señor?...  
siendo tan pura y más limpia  
que con sus rayos el sol.

Aquí sin duda hay misterio,  
mas yo no lo entiendo á fe,  
mi esposa no me lo dice,  
pues de ella me ausentaré.

Si me ausento de mi esposa  
¿cómo se alimentará?  
pues si yo la desamparo  
¿quién, mi Dios, la amparará?

Pues á su Dios y á su esposo  
ha faltado ¡cruel dolor!...  
no puedo estar á su lado;  
antes que todo mi honor.

Tomó San José su ropa  
y se dispuso á marchar,  
y antes de tomar camino  
se fué un rato á descansar.

La Virgen, que de su esposo  
los designios comprendió,  
se retiró á su oratorio  
y al Señor se encomendó.

Dice:—¡Hijo de mi alma!  
¿cómo quedará, mi Dios,  
vuestra Madre sin esposo  
y también sin padre Vos!

Donde San José descansa  
entró entonces san Gabriel,  
y dice:—José, despierta,  
que gozarás gran placer.

El estado de tu esposa  
es por misterio Divino,  
que á salvar al pueblo viene  
el Mesías prometido.

Llévale al templo y por nombre  
le has de poner Jesús.  
que Salvador significa  
y espirará en una cruz.



Se fué al cuarto de su esposa  
y de repente la vió  
en un soberano éxtasis  
llena de divino amor.

Dice, postrado á sus plantas:  
—¿Cómo he merecido yo  
el ser Padre putativo  
del mismo Divino Dios?

Por vuestro Hijo, Señora,  
os pido me perdonéis  
y para poder servirlos  
su gracia espero alcancéis.

Pues que pude, Virgen pura,  
de vuestra virtud dudar,  
rendido aquí á vuestras plantas  
alcance vuestra piedad.

—Vos, Señor, sois quien debierais  
vuestra esposa perdonar,  
que este Santo Sacramento  
no se atrevió á revelar.

Mas no tenía licencia  
por decirlo de mi Dios,  
y os ofendí sin culpa,  
estimado esposo, á vos.

Muy contento y satisfecho  
quedó entonces San José,  
de ser el dichoso esposo  
de tan divina mujer.

De su gozo y alegría  
lleguemos á disfrutar  
por los siglos de los siglos  
en la corte celestial.

## HIMNO

dedicado á los buenos cristianos que deseen alcanzar la gloria  
del Cielo después de su muerte

El fin donde caminamos  
desde esta vida es el cielo;  
Cristo nos lo ha merecido,  
muriendo por nuestros yerros.

Mas la muerte de Jesús  
sólo aprovecha á los buenos  
que imitaren sus virtudes,  
observando el Evangelio.

Es cierto llegará un día  
en que ya no viviremos;  
pero no morirá el alma,  
imagen de Dios eterno.

En el punto que la muerte  
separe el alma del cuerpo,  
ha de ser residenciada  
por Cristo su Juez supremo.

Todo cuanto hizo en la vida,  
palabras y pensamientos,  
aun lo que ya se ha olvidado,  
allí será descubierto.

Cristo ahora tan benigno  
será entonces tan severo,

que estremecerá el mirarlo  
al que no haya sido bueno.

Por la sentencia que dé  
irá el alma, bien al cielo,  
bien al limbo ó al purgatorio,  
ó finalmente al infierno.

Irán al cielo las almas  
de los que en gracia murieron;  
y aquí purgaron sus culpas,  
si acaso las cometieron.

En el cielo tendrán siempre,  
sin trabajo el más pequeño,  
más bienes y más delicias  
que pensar acá podemos.

Dios premia á sus escogidos  
allí con tan grande esmero,  
que les da su misma gloria,  
y dura siglos eternos.

Las almas de los que en gracia  
mueren sin purgar sus yerros,  
van primero al purgatorio,  
y después irán al cielo.

## ES PROPIEDAD

Barcelona.—Impresos de Cristina Segura, Vda. de A. Llorens, Palma Sta. Catalina, 6.

0494-58860

SLPC. Biblioteca d'Olot



1035057784